

CEREBROS DE PARÍS

Con Edmundo Rostand

El autor de "Chanteclair",—En vísperas de un estreno

Edmundo Rostand no es el primer poeta de Francia. Esto no impide que sea el primer poeta de París... Es lógico, pues, que sea millonario. Para consuelo de las musas, no ganó sus millones con los versos. Es rico por herencia. Sus pañales fueron de banquero. Con la sólida base de las esterlinas y con el ornamento de una inteligencia natural, conquistó su órbita... Inventó «su aeroplano». Su domicilio está en las nubes. Pero aunque está allá, muy arriba y cerca de los cielos, no por eso es vecino de los dioses. Ni tampoco vive con los hombres... Es un hábil cazador de estrellas. Por diversión, pesca rayos de luna. Luego los tira sobre la humanidad. La humanidad es su trono. Y su víctima...

*
* *

El célebre autor de *Chanteclair*—obra que se estrena mañana—ha sido siempre el niño mimado

de París. Su hermoso *Cyrano de Bergerac* difundió la fama del exquisito rimador, que además del talento de sus obras ha tenido el talento de saber superarse en cada nuevo verso. Siempre será elogioso agregar que también ha podido superarse en cada uno de sus nuevos cheques... (La representación de *Chanteclair* ha costado medio millón de francos. Sin embargo, el empresario y el autor esperan que la obra dará de beneficios más de cinco millones...)

*
* *

Ante el triunfo de este glorioso poeta de París, los literatos más geniales de Francia guardan un silencio hospitalario. Es un silencio triste. Da pena... Los más grandes poetas ven pasar, también mudos y pálidos, á este hermano feliz. Pasa recogiendo legítimos laureles y metales legítimos. ¿Qué sucede en el alma de los grandes artistas cuando lo ven pasar así, luminoso de gloria, con palidez de rey y coronas de mirto? Debe ocurrirles algo lamentable... Imaginaos que entre ellos hay muchos que tienen hasta genio. Algunos supervivirán á través de los siglos, ó por lo menos á través de las antologías. No ignoran que valen mucho más que Rostand. Tienen plena fe en su estatua necrológica. Saben que cualquiera de sus libros es mucho más admirado que las mejores obras de Rostand... Pero no pueden decirlo. Su propio genio les impone la mudez pensativa de los sordos. Callan. Y esperan... Si Rostand fuera un poeta vulgar, malo, sin talento y que obtuviera triunfos solamente gracias á sus millones, ellos hablarían. Acaso protestarían. Pero lo peor es que Rostand es para ellos un poeta de mucho talento. Saben que la mitad de su triunfo está construido con reclamos.

Pero saben también que sus obras son bellas y que ha escrito versos llenos de maravilla...

A pesar de *Cyrano*, no obstante los *Romanesques*, y sin embargo de *L'Aiglon*—tres obras que resumen el alma eclética de su autor—, Rostand no es ni siquiera fundador de escuela. El se vanagloria de que nadie lo imite. Esa es la prueba de que no existe el rostancismo. Nadie lo sigue...

«Rostand se ha formado en todas las escuelas», piensan sus rivales. «Rostand, deriva de Corneille, de Marivaux, de Hugo, de Banville, de Verlaine... De veinte genios más... Nunca inventó nada. Pero tiene talento. Un talento joven. Un talento vivo. Mucha audacia. Es fino. Es gracioso. Es sutil. Es serio. Es humorístico. Es profundo. Y es, en fin, un poeta encantador. Es un *charmant*... Pero el talento de Rostand no es «una larga paciencia». Es un talento francés. Muy francés. Hecho de todo. Hecho de nada...»

Ante estas reflexiones, el bulevar se indignaría. Pero los gloriosos sin gloria y los geniales sin laurel, callan y siguen... Prosiguen en su interior pensando:

«En Rostand se unen los tres últimos siglos de nuestra literatura. Una sola cualidad le falta: si Rostand quisiera podría ser «divino», como Virgilio ó como Racine. Pero se contenta con llamarse Rostand á secas, porque la perfección no es de esta tierra... En sus tres obras capitales—que juntas pudieran titularse: *Diccionario del genio francés*—se encuentra el penacho de Corneille, la metafísica delicada y fantástica del siglo XVIII, la sonoridad del romanticismo, la virtuosidad parnasiana, la inmaterialidad del decadentismo y el *esprit* de todas las épocas...»

*
* *

El estreno de *Chanteclair*, última obra de Rostand, produce en París no sólo emociones artísticas, sino también conmociones sociales. Hasta la política juega entre telones... Hace muchos años que se aguarda el estreno. Al principio se demoró por escasez de actores buenos. Después por la muerte de Coquelin. Más tarde por... Al fin parece que mañana será. El autor y los empresarios han recurrido á todas las formas de la *réclame* modernista... Cuando nadie pensaba en *Chanteclair* hicieron que varios diarios publicaran fragmentos de la obra. En seguida, con gran escándalo, procesaron á los periódicos por robo... El público se apasionó. Y las entradas para mañana se agotaron.

Entretanto Rostand, con su vida privada, sigue cortando la cola de su perro... No da un paso sin que la prensa lo comente. Lo describa. Lo pinte. Lo dibuje. Lo cante. Lo alabe. Lo endiose. Lo endiable... Alcibiades es sin duda un seudónimo. El nieto de Pericles se llamaba Rostand.

* *

En Cambo, entre los Pirineos, posee una hermosa casa. Allí vive. Pero ahora, con motivo de *Chanteclair*, ha venido á París. Se hospeda en un hotel particular, amueblado especialmente para él, su mujer y sus dos hijos. Fuera de dos ó tres amigos, no recibe á nadie. En el teatro, durante los ensayos, está prohibido aproximársele. Odia á los periodistas, precisamente porque los necesita.

Yo le escribí pidiéndole una audiencia. Como es lógico, no me contestó. En vista de su galantería, hicime presentar en sociedad á su esposa, una encantadora poetisa que conserva, á pesar de sus versos, un admirable corazón de mujer. Se llama

Rosemonde Gerard. Con una benevolencia delicada me prometió avisarme cuando me fuera fácil hablar con el poeta.

—Edmundo está siempre ocupado—me dijo—. ¡Tiene tanto que hacer! Sin embargo, obtendré para usted aunque sólo sean cinco minutos...

Y á los pocos días recibí cuatro líneas muy amables, notificándome la audiencia en el teatro de la Puerta San Martin.

* *

Visto de cerca, Rostand no es el hombre fatuo que hacen creer sus psicólogos. Orgullo tiene mucho. Pero en cuanto á vanidad le falta demasiado para que sea antipático. Si tiene vanidad la desahoga en sus corbatas y en sus trajes. Cuando yo llegaba al punto de la cita, él salía del teatro acompañado de su esposa. Se detuvo en la puerta. Me estrechó la mano con un ademán sencillo y lento, de hombre débil. Su blanca palidez lo asemeja á su propia figura de cera que está en el Museo Grevin. De contextura delicada, se ven los estragos del trabajo en sus párpados inquietos y febriles. Con el cuello de su sobretodo alzado se cubría la boca á cada instante. Un grupo numeroso de transeuntes y algunas señoras que salían del teatro lo contemplaban desde cierta distancia. Lo miraban con devoción...

Rostand no ha cumplido cuarenta y dos años, pero en aspecto se le atribuirían ocho más... Después de mi saludo, con su habitual y sencilla sonrisa inocente, me asombró con esta pregunta horrible que suelen hacer todos los hombres célebres cuando tienen un periodista por delante:

—¿Y qué desea usted que yo le diga?

—*Nada*—le hubiera contestado. El oficio de repórtier se va haciendo difícil. Ya no se puede ni siquiera tener ingenio para interrogar. Ahora los interrogados saben á qué atenerse frente á los periodistas. Responden lo que desean que se sepa y callan lo que al público le agrada saber, que es por cierto aquello que el entrevistado no quiere confesar... Pero sigamos.

—¿Y qué desea usted que yo le diga?—me preguntó Rostand.

—Cualquier cosa interesante...

—Pues hasta ahora lo más interesante para mí es *Chanteclair*. Si es sobre *Chanteclair* que quiere usted que le diga algo, lo complaceré diciéndole que no deje de ir á verlo. Será interesante...

—Sin duda... ¿Pero sabe usted si alguna compañía francesa lo dará en la América del Sur?

—Por ahora, seguramente no... Una vez que la compañía de este teatro lo concluya de dar en París, hará una jira universal. Pero eso no será muy pronto, me parece...

—¿Y si lo da otra compañía y escrita en español?

—Hasta ahora no he autorizado á nadie para la traducción española. Me han hecho varias propuestas. Antes de decidirme, quiero estar seguro.

—¿Conoce usted la traducción que se hizo de *Cyrano*? Es admirable...

—Efectivamente. Admirable... La hicieron tres españoles de talento. Yo no leo muy bien el castellano, pero lo comprendo. Hace tantos años que vivo en la frontera... En mi *Cyrano* español me ha parecido encontrar mucha armonía...

—Y...

(Rostand me interrumpe para hablar con su esposa.)

—¿No ha llegado el automóvil, Rosemonde?

—Sí; allí está.

(Y luego á mi.)

—¿Qué me preguntaba usted?

—No. Nada, maestro. Ha sido usted muy amable. No quiero molestarle. Sé todo lo que necesito. Gracias...

(El automóvil se aproxima, el fotógrafo opera. Despedida. Saludos, etc...)

Rostand sube con su esposa al carruaje. El público que los contempla forma un grupo compacto. Al ponerse el coche en marcha alguien aplaude. Todo el grupo de curiosos lo imita. Aplauden con entusiasmo. El poeta se quita el sombrero. La dulce Rosemonde deja caer su sonrisa de triunfo... Y hay en el aire la emoción que deja al pasar la carroza de un rey...

* * *

Sí. Un rey. Pero...

—¿Acaso no es un rey?

Efectivamente. Rostand en París es un rey. Ni la inundación del Sena, que acaba de dejar en la calle á treinta mil familias, ha sido catástrofe suficiente para que el bulevar se olvide de Rostand. ¿Habéis visto? Un público anónimo le ve pasar. Y en vez de hacer como con Fallieres—que le sonríe y no le vitorea—, le grita vivas y lo aplaude...

Hay que convenir en que la felicidad de Rostand debe ser bastante aburridora. Aburre no llorar... Desde hace veinte años, sus triunfos se repiten cada vez que á él se le ocurre. Es de los pocos hombres que no necesitan ir por el mundo en busca de la fortuna. La lámpara de Aladino vive siempre con él. Nadie ha podido robársela. Es un hombre

original. Para que veáis adónde llega la originalidad de Rostand, sabed que al revés de la mayoría de los escritores franceses, aun no se ha divorciado... ¡Oh, no!

La moralidad de su vida y la tranquilidad de su hogar son un modelo. Serviría de ejemplo en toda Francia, si los ejemplos sirvieran para corregirse... Los amores de Rostand con su actual esposa, Rosemonde, son bien conocidos. El primer triunfo que tuvieron ambos se lo deben á la música celestial de esos amores. Haciendo versos—pero versos de una melancolía ferviente, antigua y joven—comenzaron su idilio. Cuando se casaron, cada cual reunió sus versos en un libro, como frescas rosas en un ramo. Eran un casal de pajaritos. Allí comenzó el éxito... Ambos libros llamaron la atención. Los versos de Rosemonde están á la altura de los de Rostand. Una dulce alegría corre por la carnación rosada de todas las estrofas. De vez en cuando surge altiva la idea de la muerte. Pero es una muerte buena. Consoladora. Oid á Rosemonde:

*Lorsque je serai morte et qu'on m'aura couchée
au cimetière, au gran cimetière, la-bas
ami cher, vous viendrez visiter, n'est-ce pas,
la tombe en marbre blanc, de fleurs toute jonchée,*

*très grave, agenouillé parmi les roses blanches,
vous me lirez les vers que j'aimais autrefois!
Et je reconnaitrai le son de votre voix
quand vous vous pencherez en écartant les branches.*

*Et lorsque vous serez près de franchir la porte
avant que de poursuivre, ami, votre chemin,
vous vous retournerez encore, et, de la main
vous enverrez longtemps des baisers á la morte.*

Y Rostand, para quitar la visión de la Negra Trágica, roba al cielo juegos de luz y al carnaval

ruido de cascabeles, haciendo una balada al manchón de su rubia sensitiva:

*Je chante son manchon adoré, cette chose
ebouriffée ainsi qu'un matou ronronnant,*

*son tout petit manchon doublé de satin rose
qui de chaque coté sort en se chiffonnant,
et pour le célébrer me voilà griffonnant
tous ces alexandrins pénibles que j'aligne.
Il est doux au toucher comme un duvet de cygne,
ouaté, parfumé, lustré comme un bichon,
j'obéis sans tarder, puisque c'est la consigne
de faire une ballade á son petit manchon.*

*
*
*

Hace ya mucho tiempo que Rosemonde Gerard dejó de publicar versos. No ha querido hacer sombra al esposo. Ha querido que el triunfo fuera todo entero, todo y sólo para él. Tienen dos hijos. Uno, el mayor, de diez y ocho años, Mauricio, escribe también versos. El año pasado publicó una composición que comenzaba así:

*Reine de l'Orient ou la magie abonde
et qui porte Bagdad dans son or fastueux,
le ciel est dans ses yeux plus beau que sur le monde,
et j'ai deux ciels puisque son visage a deux yeux.*

Es inútil agregar que París se disputó al niño sabio. Las condesas lo adoran. Es bonito.

El segundo hijo se llama Juan. Tiene quince años, y quiere ser aeronauta. Ya veis: todos son poetas... Más valè así. No todos los millonarios han de ser infelices.

París, Febrero de 1910.

La escritora Jane Catulle Mendés

Una viudez literaria

Catulle Mendés murió hace un año. Ya conocéis cuál fué su muerte. La crónica de policía creyó que se trataba de un accidente. El cadáver de Mendés fué hallado dividido en pedazos junto á la vía férrea, cerca de Saint-Germain. Uno de esos descuidos lógicos á las cuatro de la madrugada y tan legítimos en un poeta, originó, según las creencias policiales, la muerte del lírico bohemio. Pero el público del bulevar, que piensa de manera distinta, creyó que se trataba de un suicidio.

Este humano poeta era un sátiro viejo. Cantó con elocuencia el triunfo de la epidermis. Era original en su estilo, aunque no en sus ideas. Por eso, á pesar de su talento y á pesar de su arte, no ha dejado en la tierra ni un solo imitador. Ni tan sólo un discípulo... Se casó en primeras nupcias con una mujer de gran ingenio. Vive todavía. Es la hija de Teófilo Gautier. Se llama Judith. «Antes —me dicen— Judith era soberbia.» Esgrimía como un arma de orgullo y de venganza el nombre paternal. Ahora es una viejecita deliciosa... El matrimonio de Judith Gautier con Catulle Mendés no

duró mucho. Se tiraron á la cabeza piedras en verso y prosa. Fué un torneo literario. Sin lágrimas. Sin sangre. Con envidia. Con rabia... Vino el divorcio. Y ambos, gracias á las elásticas leyes de Francia, quedaron nuevamente solteros... Judith no quiso ya casarse. Escribió libros. Pero Mendés, inquieto como un pájaro, bello y rubio como un príncipe, y más que todo enamorado de los astros, se enamoró de una mujer hermosa. Enamoróse de Jane la Hierática. Y cual sucede á todo príncipe de leyenda azul, tuvo por ella varios duelos. Después con ella se casó. Fueron felices. Como Judith, Jane vive viuda también. En sus ojos, aunque siguen siendo bellos y negros y agudos, se puede observar la estela que dejaron las lágrimas, y en sus versos, lindos como sus ojos, puede seguirse aún la huella de su llanto...

* *

Jane Catulle Mendés es una mujer que cuenta con valiosas rivales. Es justo agregar que las merece... Su antigua hermosura de estatua—fenómeno peligroso en las poetisas—, le ha conquistado envidias. Su talento, pleno de brisas raras y de vientos alisios, da germen á rencores. Su elegancia de dama curvilínea y sus ideas de hombre sentimental, hieren á las mujeres que la ven desde abajo... Pero acercaos á esta dama exquisita. Tomad en vuestras manos el corazón que flota en todas sus poesías. Estudiadla. Y pensaréis en seguida que es natural que tenga á su contorno numerosas rivales.

* *

Es posible que Mad. Catulle Mendés, visite dentro de poco algunas ciudades de América del Sur. Irá tal vez á fines de 1910, y con preferencia á Buenos Aires, Santiago de Chile, Lima, Montevideo y Río de Janeiro. Jean Paúl Echagüe, activo secretario de la institución artística que llevó á Anatole France, combina en estos momentos un programa á fin de que la ilustre escritora pueda dar al público porteño cuatro ó cinco conferencias literarias sobre modas y letras. Será un bonito espectáculo. La silueta grácil de Jane Catulle Mendés, parecida á una sombra chinesca dibujada en el aire, sorprenderá á las veredas de la calle Florida. Las mujeres tendrán en ella una fiesta de trajes, y una fiesta de ideas y también de armonías. Viéndola, aprenderéis una nueva emoción... Yo he recogido varias y de todos colores cuando fui á visitarla. Quisiera describiros á esta extraña mujer. Es difícil. Es fácil. Su ingenio es un relámpago continuo. Su inteligencia va y viene en la conversación como un niño jugando en un jardín. Va y viene. Va y viene... De repente os hace cosquillas en la ironía, y de pronto os mueve el pensamiento cual si oyeráis á un sabio. Es una mujer que ha jugado tanto con París, que al fin París se le metió en las venas. Su alma es el alma nerviosa de París. Su vida es un fiel retrato de la ciudad Unica. Tiene bulevares radiantes y obscuras callejuelas. Tiene un Sena. Lo atraviesan puentes de Alejandro. Tiene alturas de torre Eiffel y hasta quizá un poco de Sorbona. La Rue de la Paix, llena de joyerías, y Montmartre, lleno de cascabeles, y de Reveillon, también se suelen encontrar en ella...

El domingo es el día en que la viuda de Catulle Mendés recibe á sus amigos. Con toda gentileza, Mad. Aurore Cáceres—que acaba de publicar una buena obra de magnificencia femenina intitulada *Mujeres de ayer y de hoy*—me presentó á la ilustre escritora. En la confraternidad de aquel ambiente literario, un simple pocillito de té inglés se convierte sin esfuerzo en cuento de hadas turcas...

**

Mad. Mendés vive en el bulevar Malesherbes, 160. Entráis. Primer piso. Trin, trin, trin...

Aparece una criada. Bonita y limpia como todas las sirvientas de París. Os hace atravesar un vestíbulo cómodo, pero incómodo de libros. En las paredes, hay armarios repletos. En el centro una mesa. Entráis á una salita. Véis un piano de cola. Sillones. Muchas lámparas. Retratos de Mendés y de su hijo Primis; un lindo hijito, herencia del maestro. (Lo mejor que ha dejado.) Os sentáis en algún canapé. Hay varios. (París es la ciudad de los canapés. Nadie concibe aquí la dicha humana y la tranquilidad de la nación sin canapés.) Os sentáis, repito...

Sale un perro. Es un hermoso perro blanco y negro. Sus ojos son inteligentes. Entra sin saludaros, pues primero quiere reconocerlos. Hace bien... Lo acariciáis como á un hermano. Os mira con simpatía. Es el perro inseparable del pobre Catulle Mendés. Al acariciarlo pensáis que ese animal ha perdido á su dueño. Y ya os dije otra vez que cuando un perro queda en la vida sin dueño, más le valiera morirse...

Detrás del perro se oye la voz de un niño que lo llama. Es Primis. El can sale corriendo... Oyese

en la pieza contigua un roce de seda. Hay pasos. Esperáis. Pero transcurren varios minutos y la puerta no se abre... Volvéis á esperar. El roce de las sedas ya no se oye. De repente suenan pasos. ¡Ella!... No. No es ella. Es la criada que os dice de parte de su señora que en seguida saldrá, pero que entretanto hagáis de la sala lo que se os antoje. Continuáis mirando los cuadros, el piano de cola, los espejos, y como es natural, los canapés. Y en seguida volvéis á los cuadros, á los espejos, al piano, etc., etc. Pasa un rato... Pasa otro. Siempre nada. Y cuando empezáis á creer que tal vez ya no se acuerde nadie de que estáis allí, se oye un rumor. Parecen alas. Un murmullo de sedas se aproxima. La puerta se abre. Y envuelta en el resplandor de su propia belleza y en el de la luz que juega sobre el negro raso de su vestido estrecho, aparece una estatua viviente. Una estatua de belleza pretérita. Es Jane Catulle Mendés.

* * *

Inquieta. Movable. Pálida. Ojerosa. Os habla con una melancolía, que aunque sea estudiada, parece natural. Su manera de mover los adjetivos y de tejer las frases la convierte en una original cautivadora.

—¡Ah! *Estoy fatigada. Estoy fatigada...*

Siempre está fatigada. Y no creáis que tal frase le sirve sin razón como estribillo. Trabaja mucho. Es cierto. Sus críticas teatrales en *Femina* y en otros periódicos la obligan á una continua lucha con el intelecto. Escribe demasiado. Tiene que ir á los teatros. Estudiar las obras. Y luego, en su gabinete de trabajo, silbarlas ó aplaudirlas... Ade-

más da conferencias y organiza veladas de beneficencia.

Al hablaros, acompaña el ritmo de sus palabras con lentos y largos ademanes de pereza. Algo de elegancia felina hay en esos estiramientos de su cuerpo flexible. Cuerpo flexible como una espada, y que, como las espadas, tiene estuche. Sus trajes son ya célebres. Tan célebres como la dulzura fuerte de sus versos. ¿Habéis leído *La Hermética* de Rachilde? Así es ella. Sus vestidos son largas fundas negras. Son tan exiguos en amplitud, que una mujer necesita gran ingenio para andar con ellos sin caerse. Solamente la cola ofrece una extensión algo más grande, pero es una cola de elegancia tan sutil y fantástica, que son muchos los escultores que han querido copiarla. La originalidad de Mad. Mendés se observa hasta en la manera de lucir sus polleras. Viene caminando, y al detenerse maneja tan hábilmente el ruedo de su traje con los pies, que la cola queda siempre delante cual si fuera un tapiz. En armeniosos pliegues la cola asciende poco á poco hasta el cuerpo. Diríase que es la prolongación de la figura física. Forma á la estatua humana un pedestal parecido á una nube. Es un cuadro. Es hija de Tanagra...

* * *

En tanto que ella os habla con una cortesía parisien que se asemeja tanto á la gracia española, vosotros estudiáis el drama de sus trajes y la tragedia de sus ademanes. Después pasáis á su sala de estudio. Allí trabajaba Catulle Mendés antes de separarse amigablemente de su esposa. Aun se conservan recuerdos de la vida vertiginosa de ese

bello poeta que fué un buen hijo de Dios por parte de los astros, un bravo hijo de Judas por su espada... En un marco hay un autógrafo grande, muy grande, de Victor Hugo. Sobre la estufa un busto de Flaubert. Ambos fueron amigos de Mendés y ambos estuvieron á visitarle en esta habitación. Por entre la atmósfera sentimental que se desprende de los retratos que adornan las paredes se siente la devoción de aquellos muertos que pasean aún sus enseñanzas... En las repisas, en los espejos, en la mesa, en todas partes, hay fotografías. Verlaine, con su barba de chivo y sus ojos de santo; Leconte de Lisle, solitario; Cleo de Merode junto á Maupassant. Genios y bailarinas. Artistas y locos... Y en aquel conjunto admirable sólo falta un busto. Un retrato. Cualquier cosa que recuerde á Teófilo Gautier, primer suegro de Catulo... Por allí pasó la Inquisición.

* *
* * *

Jane Mendés ha sido juzgada en Francia de modos diferentes. Pero uniendo la verdad de todos los criterios, creo que Marcel Ballot es el que mejor la ha definido. «Sus nervios bravos y bellos son—nos dice—los de una mujer que comprende, acepta y engrandece su misión. Después de Marcelina Desbordes-Valmore, nadie como ella ha comprendido mejor al niño, á la enamorada y á la madre, confesando sinceramente sus éxtasis, sus orgullos, sus dolores, sus fatigas y sus abnegaciones.»

Mad. Mendés es, en verdad, una artista. Pone en sus poemas una voluntad incorruptible y una conciencia refinada. Su originalidad es de pureza parnasiana. Su lirismo es romántico. Posee el difi-

cil arte de las *nuances*. Conoce el valor musical de las palabras. Para juzgarla por completo basta citar algunas de sus estrofas. He aquí cómo habla del hijo:

*Impétueux, léger, dominant les fleurs fraîches,
mon bel enfant, mon petit dieu, mon jeune roi,
hélas! mon Adoré, sans avoir peur de toi,
je touche ton front clair, tes cheveux et tes fleches.*

¿No es un madrigal? El amor vibra también intensamente en la lira de esta mujer. Oíd:

Le reve de l'amour m'a faite étrange et pale...

Y después:

*Plus tard, ó ma beauté, vous m'abandonnerez...
je ne serai plus rien, sous le ciel, sur la terre,
q'un cœur mélancolique, épars et solitaire,
out tout est en déclin des passés adorés...*

*Dépossédée un jour de vous, l'unique bien!
Je ne serai plus rien q'un pauvre etre en détresse,
un etre sans douceur, sans douleur, sans caresse,
un cœur tout fait de revee et qui ne réve a rien...*

*J'aurai de chaque chose un grand regret mystique,
de l'amour souverain par qui l'on est brisé,
et du trouble regard expansif et rusé,
qui vous jette en passant son désir parodique.*

* *
* * *

Como á las mujeres que escriben se les exige ahora que hagan profesión de fe, Jane Catulle Mendés os hace así la suya:

—Yo no pertenezco á ninguna capilla literaria. No tengo teorías. Me gustan las cadencias netas y la forma ruda de Leconte de Lisle. Yo escucho con felicidad la gran voz de Hugo. La poesía grisácea

y dulcemente melancólica de Henri de Regnier me encanta. Y por fin, Alberto Samain me gusta por todos sus versos,

donde la rima, sin ruido,
se desliza como un remo...

*
* *

Con una emoción nueva y rara salís de casa de Mad. Mendés. Ella, cual un compañero, se despide. Su brazo ondula en el aire hasta daros la mano para que depositéis en ella el beso que tan artísticamente está siempre de moda en las salas francesas. Y el ademán es tan hermoso que no choca á vuestro extranjerismo.

*
* *

El perro sale á despediros. La criada os sonríe. Y en la calle creéis regresar de un cuento japonés de Pierre Loti.

París, Enero de 1909.

Contemplando á Jorge Ohnet

Una víctima de la celebridad

Pienso escribir estas páginas con toda la sinceridad de mi mal corazón. Antes de comenzar ya me arrepiento. Pero no soy bastante pecador para enmendarme... Jorge Ohnet me ha llamado siempre la atención. Sentía hacia él una malsana curiosidad física. Más de una vez, viajando por el mundo, he sufrido angustias subterráneas al pensar que pudiera morirle sin yo verle... Al llegar á París me apresuré á inquirir:

—¿Vive aún Jorge Ohnet?

Me dijeron que sí. Yo respiré. Me sentí consolado. Sentí en el alma la tranquilidad que experimento cuando pongo diez céntimos en la mano de un ciego. ¿Acaso no sufro yo algún mal moderno? Sería curioso analizar ese deseo que sienten muchos hombres y no pocas mujeres que desconocen personalmente á un individuo; apenas le conocen de nombre; ignoran por completo sus méritos, y sin embargo, desean con honradez que la vida lo proteja. ¿Será filantropía? No... Lo hacen para sentir el gusto de ver á ese individuo antes de que se muera...

Así me pasó con Jorge Ohnet. ¡Hombre admirable! Este novelista me encantaba sin leerlo. Era lógico. La fama de Jorge Ohnet corría desde las tertulias semanales donde muchas niñas inéditas suelen ser víctimas del piano y de Becquer, hasta los más humildes talleres de planchado donde las chicas queman las pecheras por pensar en la última página leída en cualquiera de las obras de Ohnet. En todas sus novelas, «un joven rubio» vestido de jaquet entra siempre por las ventanas para robar la fruta ajena, como si la fruta naciera dentro de las habitaciones...

A pesar de que Ohnet era para mí una sugestión, su vida literaria nada me interesaba. Cuando me oprimía la obligación pecuniaria de leer alguna de sus obras, sentía un agradable deseo de concluir las pronto... Porque debéis de saber que en las novelas de Ohnet lo más delicioso de todas ellas es el final. Dan ganas de besar la última página. Al llegar al índice, nuestro espíritu siente un consuelo infinito. Parece que nos librarán de un gran peso...

Leyendo sus novelas—lógicas y frías—me escapaba de la vida humana para entrar en la existencia de los teatros de fantoches. Jorge Ohnet, á fuerza de paciencia, ha sutilizado su inteligencia de tal modo, que hoy es en el mundo el primer psicólogo de titeres. ¡Lástima que sus libros no estén á la altura de los niños!

*
* *

Las mujeres lo admiran como á D'Annunzio ó á Rostand. Sienten por Ohnet una adoración encantadora. Sus obras, editadas por millones, se agotarían con facilidad. No se agotan porque Ohnet

posee inteligencia financiera. Antes de que se agoten, rellena los estantes de las librerías con otras nuevas novelas. Diariamente trabaja para su fabricación. No pierde su tiempo en otra cosa... La fecundidad de este escritor no encuentra consonante. Sus heroínas y sus héroes son siempre los mismos. ¿Los mismos? Acaso no... Se diferencian de una novela á la otra por el color de los trajes, ó por la raya del peinado, ó por los comestibles de sus cenas... Esto demuestra en Jorge Ohnet una exquisita habilidad de hotelero y modisto. Habilidad muy parisién, sin duda alguna... De ahí proviene la incomparable circulación de sus novelas. San Verlaine de Paúl fué un envidioso cuando en sus *Invectivas*, para insultar á Eduardo Rod, que le llamó en prosa:

—¡Tunante!

...arrojóle á la cara este epitafio en verso, en verso para mayor eternidad:

—¡Eres un Jorge Ohnet!

Lo peor es que Rod, á pesar de su talento, no ha podido borrarse el adjetivo (1).

*
* *

Yo quisiera que todos los que hablan de Jorge Ohnet fueran á visitarlo. No es mi intención decir que viéndole y oyéndole—sobre todo viéndole—se modifique la opinión que sus libros sugieren. No. Pero hay en las desdichas físicas de este hombre algo que mella todas las ironías...

En Francia, Jorge Ohnet goza de una despopu-

(1) Escrito lo anterior llegan telegramas anunciando la muerte de Eduardo Rod. Murió en Suiza. Hace tiempo que está muerto para los demás países...

laridad sin precedentes. En las esferas periodísticas, académicas ó jóvenes, existe un diccionario de burlas é improperios que se le tiran con cualquier motivo á la cabeza. Tal proceder, además de innoble, no es justo. Las novelas de Ohnet, podrán no ser elevadas. Podrán no ser profundas... Pero en su mediocridad son superiores á las de muchos novelistas de fama política como Paúl Bourget, y que por eso gozan prestigio de talentos...

Según Adolfo Brisson, el único culpable de este odio francés que arroja ridículo sobre Jorge Ohnet, es Jules Lemaitre. Es un odio que cuenta treinta años de edad. Cuando Ohnet publicó *Maitre de Forges*, Lemaitre escribió en contra del autor un artículo cruel. Lemaitre era joven. «Aspiraba á la celebridad—dice Brisson—, y pensó que para llegar al triunfo nada era más fácil que derribar al que estaba delante...» ¿Era Ohnet? No importaba quien fuera. «Habrà que voltearlo», se dijo. Y lo volteó. A partir de esa fecha quedó convenido entre los hombres de letras de París que Jorge Ohnet debía ser vilipendiado. Y así fué... Desde los periodistas más anónimos hasta los críticos de más fama; desde los literatos modernos hasta los que duermen en la naftalina de las academias, todos, todos sin excepción, se han burlado de Ohnet. Le han dicho cosas inauditas. Dolorosas. Untadas de criminal desprecio... A Richebourg y á Montepin, que fueron sus colegas, no se les dijo nunca ni siquiera la mitad... Ese encono tiene su explicación. Oídla. Nos la da el mismo Ohnet:

«De *El dueño de las herrerías* se han hecho en Francia trescientas cincuenta y ocho ediciones de á treinta á cien mil ejemplares cada una... Es decir, ciento cincuenta ediciones más que las que tuvieron obras famosas de Daudet y de Bourget.

Serge Panine llegó á ciento setenta y dos ediciones...»

* * *

Pasando á través de los libros, nuestra imaginación graba en el aire las figuras físicas de sus autores. A cada autor lo vestimos con las cualidades de sus personajes. Por ello es por lo que, á menudo, ocurren locas desilusiones... Preguntad, por ejemplo, á una admiradora de Jorge Ohnet:

—¿Cómo, os imagináis al autor de *La décima musa* ó de *El dueño de las herrerías*?

Os hará su retrato. Carolus Durán lo firmaría:

«Alto. Rubio. Hermoso. Grandes bigotes. Ojos pálidos. Mirada profunda. Habla con una beatitud que le asemeja á un ser que acaba de dejar un ensueño. *Andrés Treillard* se le parece en todo...»

Esta respuesta os daría la ingenua admiradora. Sin embargo, ¿queréis ver el retrato verdadero de este escritor tan célebre en América como en la misma Europa? Tomado del natural y en la penumbra de las entrelineas, admite bien la firma de Carrière. Vedle. Os lo pinto tal cual se me presentó en su artística sala conventual donde yo lo esperaba.

* * *

Escena: Córrese una cortina de damasco. De atrás, como desprendida de los pliegues, surge entonces un hombre de pequeña estatura.

Su cuerpo muy ancho, de pecho prominente, se balancea sobre dos pobres piernas arqueadas, retorcidas y débiles, que al andar describen círculos dolorosos como si fueran dos escaleras de caracol.

La mirada asciende nuevamente. En la espalda, una prominencia de joroba hace presagiar un corsé férreo. Entre el pecho y la espalda, la cabeza se yergue sin alzarse. Y la cara aumenta la tragedia del cuerpo con una fealdad espantosa, llena de manchas, llena de tubérculos. Una boca extraña como no la vi nunca, se extiende horizontal bajo las recias púas del bigote. Los labios son finos. Labios humildes. De esos labios que tienen las comisuras necesarias para poder rezar y poder hacer muecas por la noche, en la cama, cuando nadie los ve... ¿Y los ojos? Parecen dos conejos. Unos ojitos cuya pupila no se asoma en toda su redondez porque los párpados, casi entrecerrados, quieren ser una lápida. Pero ¿y la mirada? Una mirada esquiva. Oblicua. Una mirada temblorosa de víctima y a la vez de traición... Y lo más horrible es la angustia desesperada que vibra en los huesos de este hombre al querer disimular sus espaldas. Espaldas que sabe Dios qué dolores sufrieron en la infancia. O antes de la infancia. O mucho antes de nacer... De repente es el pecho que se alza para dar más sitio á la columna vertebral que se yergue. O ya es el cuello que se estira para alzar la cabeza.

Ahora son las piernas que se apresuran á correr para esconderse debajo de la silla y detrás de la mesa... Camina. Y al caminar, su mano derecha se apoya en la cintura. Quiere disminuir algún dolor nervioso. Se sienta. Y al sentarse, la mano izquierda se pasea por la cara para cubrir la aspereza del menton, y sobre todo para tapar la boca con los dedos nudosos. ¡Oh, sí! Jorge Ohnet es una tragedia de la Naturaleza espiada por el ojo de una cerradura. Viéndole, he sentido una pena infinita. Sentí como si me pegaran por la espalda. En su presencia, parece que se asiste al asesinato de un

hombre que muere bajo las puñaladas de un fantasma rabioso... ¿Qué será? ¿Qué será?

—¡Camarero, camarero!

*
* *

Tres días hace que en el Café Napolitain del bulevar escribí las líneas que anteceden. No pude continuar porque la opresión me hería demasiado. Hoy, más tranquilo, reanudo mis emociones... Decíamos, pues, que...

Jorge Ohnet, es millonario. Lo merece. Vive lujosamente en un bello palacio de su propiedad, en la avenue Trudaine. Cerca de la plaza de Anvers. Es caballero de la Legión de Honor. Tiene automóvil. Y teléfono... En la campaña posee una granja. Allí pasa cinco meses del año, tomando oxígeno y escribiendo libros. Ha cumplido sesenta y cinco años. Está casado. No tiene hijos. ¿Os interesan tales datos? No... Bueno. Entonces repetiré algo de lo que hablamos. Dos veces estuve á visitarle. Cuando uno se acostumbra á verle, y le oye hablar, su alma buena borra todos los desniveles. Si Jorge Ohnet quemara sus novelas vacías, y escribiera con llanto el drama de sus propios dolores, sería el novelista más egregio de Francia...

—Si—me responderá un admirador de Ohnet—; pero ¿tendría entonces palacio, automóvil y granja?

—Cállate, admirador. Los admiradores no dicen nada más que tonterías.

*
* *

He preguntado á Ohnet sus opiniones sobre la América del Sur. Creí que no supiera contestarme. Muy al contrario.